


Josep Carreras
tenor
65

Tony Isbert
actor
61

Little Richard
músico
79

Juan Carlos Fresnadillo, cineasta 44
Julita Martínez, actriz 80
Ricardo Bofill, arquitecto 72
Bhumibol Adulyadej, rey de Tailandia 84

SANTORAL
Dalmacio, Cristina, Gerardo de Braga, Anastasio, Félix, Julio, Sabas, Aureliano


Santiago Auserón y Josele Sangüesa en un bar de la Barceloneta

Auserón charla con Sangüesa

LUIS BENVENUTY
Barcelona

U no se acerca a Santiago Auserón y le pregunta, confundido, por qué dejó El Último de la Fila. En la playa de la Barceloneta, unos niños le convencen para que cante con ellos. Una noche, el artista también conocido como Juan Perro acabó en un karaoke del Eixample. El filósofo que estudió con el maestro de la semiótica Gilles Deleuze escogió *La vie en rose* de Edith Piaf.

Son pasajes de Santiago Auserón. Unas gafas de sol en la noche, semblanza del alma máter de Canibala, el compositor Josele Sangüesa, a partir de mil y un encuentros. Siguiendo, publica virtualmente de cara a las Navidades el retrato del polifacético creador. Lo paran por la calle heroínomanos en chándal y profesores universitarios.

Lo paran y el protagonista de la movida se detiene, escucha y habla. Ya pueden leerse en la web algunos párrafos que también dibujan el reciente devenir de la industria de la música.

La historia de Sangüesa y Auserón arranca una década atrás. Canibala se coció en el panorama musical barcelonés más bastardo: sin padre ni madre, mestizaje en las calles más viejas.

“Me pasaron su número. Le dije que queríamos que colaborara con nosotros. Auserón era leyenda, y nosotros nada. Me dijo que le dejara las maquetas en casa. Luego me lo encontré por el barrio, por el Born, y le dije ‘soy el de las maquetas’. Luego nos volvimos a encontrar. Quedamos, una y otra vez. Para charlar. Adora discutir. Hemos discutido mucho... El libro surge de estos encuentros”.

Filosofía, mujeres, política... Lejos de los escenarios, en la intimidad de los bares teneos. Las colaboraciones se demoraron años, miles de cervezas. Auserón ya no era ni polifacético ni filósofo ni protagonista de la movida, sino un amigo. Diez años de amistad que contemplaron el derrumbe de la industria discográfica y la necesidad de adaptarse de profesionales consagrados. Y de fondo, como quien no quiere la cosa, el cuento de los dos amigos explica este trozo de la historia. ●

Recitar a los caballos

El veterano actor Jean Rochefort publica ‘Le Louvre à cheval’, donde desarrolla su pasión equina

ÓSCAR CABALLERO
París
Servicio especial

En septiembre pasado aún rodaba en Perpignan, con Aida Folch, *El artista y su modelo*, de Fernando Trueba. Pero esta semana, en París, Jean Rochefort, 81 años, 150 filmes y 36 obras de teatro, es autor: firma ejemplares de *Le Louvre à cheval*, sus recorridos por el

INICIOS
En el rodaje de ‘Cartouche’, en 1961, al lado de Belmondo, surgió el flechazo

CONSECUENCIAS
Cabalgar le ha hecho ganar sobriedad como actor y convertirse en comentarista televisivo

museo más visitado del mundo, en pos del caballo en la pintura.

Porque si el primer amor de Rochefort es la escena, el segundo nació de un flechazo, en 1961, durante la filmación de *Cartouche*, junto a Belmondo.

“Mientras Jean-Paul hacía caracolear a su caballo, el mío me gobernaba”, sonríe Rochefort. Philippe de Broca, el director, hizo prodigios con la cámara para

ocultar su pie enyesado tras una enésima caída, el torso vendado. Pero “a pesar de mi aprensión, me interesaba conocer a esos colegas con crin que me habían molido a golpes”.

Una pasión: Rochefort se muda con su familia –numerosa: seis hijos de dos matrimonios– a Rambouillet, en las afueras de París, sólo para montar. Hoy, tras haber criado 31 caballos y poseer un potrero, ha vuelto a París. Tal vez porque Don Quijote lo descalabó para siempre.

En efecto, en el 2001, el accidentado rodaje de *The man who killed Don Quixote*, el filme no nato de Terry Gilliam en el que Rochefort debía ser el alucinado Alonso Quijano, le provocó una hernia de disco. (Al año siguiente, se interpretó a sí mismo en el documental *Lost in La Mancha*, de Keith Fulton y Louis Pepe, respuesta del filme fallido).

Para reemplazar el trote, el actor de *El marido de la peluquera*, ese a quien más que recordar con qué directores trabajó habría que preguntarle cuál no lo ha dirigido, comenzó esos paseos por los pasillos del Louvre, “que calientan mis articulaciones y alivian mi reumatismo”.

Otro consuelo: comentar en televisión pruebas ecuestres. Durante los concursos hípicas de los Juegos Olímpicos del 2004 subrayó que, “por curioso que parezca, mis progresos en la monta mejoraron también mi trabajo de


Actor y jinete.
Rochefort en la entrega de los premios César en París

actor: gané cierta sobriedad”. Detalle: “Cada mañana, en mis galopadas por Rambouillet, recitaba poemas a mi caballo”.

También recordó el día en que sus progresos como caballero le permitieron un primer “sin faltas” en una prueba con vallas. “Difícil de contar ese minuto y 40 segundos que dura la prueba. Y la emoción idiota, por haber saltado bien, que me hizo fracasar en la llegada; esos dos postes que, los ojos húmedos de felicidad, no advertí. Fui descalificado por los latidos de mi corazón”.

El libro germinó con la complicidad de Edward Vignot, historiador de arte. Pero si bien la edición de Place des Victoires/Louvre Éditions y su precio, 39,95 euros, corresponden a lo que se denomina libro de arte, el resultado es una lección de caballería.

En *Tigre attaquant un cheval sauvage* (Delacroix), el ojo avizor advierte el error: “Atacados por detrás, los caballos jamás se giran; huyen en un galope desesperado”. Rochefort se rinde ante la *Tête de cheval blanc*, de Géricault: “Cuánto hay que amar a los caballos, conocerlos, para crear, entre ellos y nosotros, esta complicidad, tal emoción”.

Una compra reciente del museo, otra cabeza de caballo, pero de mármol, griega y con 27 siglos a cuestas, “y por lo tanto anterior a las esculturas de Fidias para el Partenón”, le deja boquiabierto por “su realismo casi violento”. Pero rápidamente se burla de *Quatre chevaux marins attelés*, del que es autor François Boucher: “Inquietante cruce de un besugo y un pura sangre”. O sea que, finalmente, el retratado es él, este actor capaz de responder a los deseos del Buñuel de *El fantasma de la libertad*, como a directores menores de comedias intrascendentes, hombre ilustrado que se oculta tras una ligereza elegante.

Rochefort es un imán para el público en cine y teatro, aplaudido por la crítica y venerado por sus colegas de generación y por los más jóvenes, como Édouard Baer (el nuevo Astérix), productor y director de cine y teatro, quien lo considera “mi maestro en la vida y en el oficio”. Y susurra: “Qué no dirían de él los caballos, si hablaran”. ●

El capitán Von Trapp, el papel más difícil de Plummer

Christopher Plummer participó esta semana en un foro de actores en Los Angeles donde confesó que el papel más difícil de su vida ha sido el del capitán Von Trapp en la exitosa película musical *Sonrisas y lágrimas*, en 1965.

El actor canadiense de 82 años dijo que le costó mucho conseguir un resultado óptimo de su personaje por tratarse de una cinta “horrible, sentimental y empalagosa”. Aunque matizó que le pareció una buena película “por lo

que es”, y que durante el rodaje ejerció de chico malo. Todas estas declaraciones las realizó entre risas junto a otros colegas suyos como George Clooney, Gary Oldman, Albert Brooks, Nick Nolte y Christoph Waltz.

Aunque Christopher Plummer tiene una extensa carrera cinematográfica, para millones de espectadores continúa siendo el elegante y rígido viudo austriaco con siete hijos que se casó con una alegra institutriz (Julie Andrews). / Dpa



GTRESOLINE

Carlota, una amazona afro

La firma Gucci, organizadora este fin de semana del Master hípico de París, propuso que los participantes vistieran como en los años sesenta o setenta. Carlota Casiraghi no dudó en saltar a la pista con una peluca afro, maxigafas, mallas doradas y un medallón con el símbolo de la paz. Vestida de tal guisa, y conjuntada con su caballo, el jurado otorgó el premio a la hija de Carolina de Mónaco. / Redacción



Pallarols, con el bastón de mando que usará la presidenta, ante un cuadro del general San Martín

Pallarols, el orfebre catalán de Argentina

El platero ha elaborado el bastón de Cristina Fernández

ROBERT MUR
Buenos Aires
Corresponsal

La Casa Rosada está a punto de recibir el bastón de mando con el que la presidenta Cristina Fernández asumirá su segundo mandato el sábado. El autor de este atributo del poder argentino tiene apellido catalán: Juan Carlos Pallarols, popular orfebre que desde la restauración democrática de 1983 elabora los cayados presidenciales.

Cada investidura conlleva un nuevo bastón, aunque el mandatario repita. Mide 90 centímetros y consiste en una vara de madera de urunday con empuñadura de plata repujada, grabada con 24 flores de acanto –una por cada provincia–, como base para un esmalte con el escudo patrio enmarcado en un sol de oro. En el extremo inferior también hay plata, rematada con puntera de acero.

Este diario fue testigo del acabado del bastón en la casa taller que Pallarols tiene en la turística plaza Dorrego del barrio de San Telmo de Buenos Aires. Antes, la empuñadura recorrió un año, de la mano del orfebre, toda Argentina y parte del extranjero para que más de tres millones de personas cince-laran la plata y firmaran en un

libro. Tradición que el artesano realiza cada cuatro años. “Es un honor demasiado grande y tengo una gran vocación democrática”, explica Pallarols, que incluso llevó el bastón al consulado argentino de Barcelona, donde un millar de personas también picaron en la empuñadura. Pallarols vende el bastón de mando a la Casa Rosada por el precio simbólico de un peso.

La casa de Pallarols, uno de los plateros más prestigiosos

princesa Máxima de Holanda, Maradona o Valeria Mazza. En las mesas hay cálices y mates. En las vitrinas, rosas y plumas de plata, obras de arte únicas que son los dos productos estrella de Pallarols y de los cuales su taller, donde trabajan doce artesanos, produce un centenar de piezas al año.

El presidente Kirchner regaló una mate de Pallarols a los príncipes de Asturias por su boda. Una de sus rosas acompaña

a lady Di en su tumba. Llevó personalmente un cáliz a Benedicto XVI y ahora está elaborando una segunda pieza. Cinceló en el palacio imperial de Japón unas caracolas de plata para el emperador Hirohito. Y acaba de regresar del palacio de la jequesa Mozah.

A sus 68 años, Pallarols sólo ha viajado a Catalunya de vacaciones, pero habla catalán fluidamente. Una gran senyera y el escudo de Catalunya presiden su salón. Es ya la sexta generación de orfebres. Su abuelo Josep fue quien se estableció en Buenos Aires, a principios del siglo XX. Dos de sus hijos ya trabajan en el taller, y la octava generación la encarna su nieta Meritxell, que ya estudia el oficio. Y además es socio del Barça y prepara una escultura dedicada a Messi, que piensa donar al museo del club. ●



Empuñadura del bastón, que pasó por Barcelona